

67

FUNERALES

DEL SEÑOR DOCTOR

MANUEL JOSÉ MOSQUERA,

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE SANTA FE DE BOGOTÁ,

HECHOS EN LA S. I. M. DE CARACAS

EL DIA 23 DE MARZO DE 1854.



CARACAS.

IMPRENTA DE CARREÑO HERMANOS,

CALLE DEL COMERCIO, N° 149.

1854.

[Acosta, Cecilio]

FUNERALES

DEL SEÑOR DOCTOR

MANUEL JOSÉ MOSQUERA,

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE SANTA FE DE BOGOTÁ,

HECHOS EN LA S. I. M. DE CARACAS

EL DIA 23 DE MARZO DE 1854.

¿Qué puedo yo temer?... Será el destierro?—
Mi patria está donde se adore á Dios.

(SAN BASILIO.)



OS hombres que han nacido para la gloria verdadera, llevan en su destino como en su carácter cierto sello de originalidad y de grandeza que da á su vida aquella luz que va luego á reflejar sobre la historia. Estudiándola en sus varias épocas, halla uno, como dirigida por mano oculta y sabia, la estrella que les va trazando su camino. Esa estrella es el genio que los agita. Arrastrados y sublimados por él, ven-se brillar, cual astros, en medio de sus coetáneos; y ora

conmoviendo desde sus cimientos las sociedades para transformarlas, ora á la cabeza de los pueblos para dirigirlos, ora al frente de las ideas para inocularlas, ora dando ejemplos de indomable fortaleza para franquear los estorbos que se oponen á su paso, dejan, al morir, huellas profundas de admiracion y pasmo. Si hablan, enseñan; si obran, alcanzan; si reforman, crean; y cuando mueren, aunque sea en la desgracia, mueren tan magníficamente como el sol, entre celajes de carmin y plata, y cortinas de riquísima púrpura.

CUAL mas, cual ménos, todos ellos son instrumentos escogidos, de trascendentales y altas miras, y no es fácil comprenderlas bien, limitándose uno á estrechísimo recinto. Un horizonte no se estudió jamas en una faja, ni la extension de los mares en el movimiento de una ola. La Providencia está mas en la síntesis que en la análisis, mas en la unidad que en las partes, mas en el conjunto que en los pormenores. Viéndola así, es que pueden alcanzarse sus excelsos fines, que son siempre remotos, dilatados, profundos. Para leerlos, es menester abarcar un grande espacio: sus caracteres son los acontecimientos, sus páginas las naciones, su tiempo los siglos, su libro la humanidad. De los grandes hechos, las crónicas recientes fueron de ordinario incompetentes, parciales ó mezquinos jueces. Esos himnos que la posteridad entona, esos altares que levanta, esa trompa que da á la fama voladora, no vienen á ser otra cosa que el galardón con que ella acude á desagraviar de la injusticia de sus contemporáneos la memoria de los varones eminentes.

LA Religion Católica, mas que ninguna otra institucion, ha sabido dar á los suyos un temple tan superior de alma, que se busca, y no se encuentra en las fuerzas naturales. Homero tuvo que fingir á sus héroes invulnerables ó dioses, para hacerlos sufridos, valientes

y serenos. Morir haciendo ruido, morir soñando en la fama, morir en Farsalia, se comprende: el hombre es capaz alguna vez de dar su sangre por la gloria; pero morir por doctrinas abstractas, morir olvidado de la sociedad, morir sin mas testigo que el Cielo, solo el Cielo puede inspirarlo. Cambiar el dolor por el renombre, es posible; cambiar el dolor por Dios, solo es de Dios. El martirio alegre y reflexivo, y la confesion que lo prepara, son palmas que no tocan mas que al Cristianismo.

EL ejemplo mas instructivo y mas flamante es el del Sr. Dr. **MANUEL JOSE MOSQUERA**, Dignísimo Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, que falleció el año pasado de 1853 en Marsella, desterrado de su patria la Nueva Granada. Hai nombres que llevan consigo ya el elogio. En los dias clásicos de la gran República, cuando acababa de salir Colombia de las manos de Bolívar, cuando se cantaba el canto de victoria, cuando estaban recién escritos con sangre de heroismo los anales brillantes que dieron tantos celos á la Europa, cuando se formaba el padron de los Libertadores, la familia Mosquera fué inscrita como una de las mas distinguidas. Gozó de los triunfos; pero participó de los peligros, y el dia de la ovacion hubo coronas señaladas para ella. En el gabinete tuvo hombres de seso y de consejo, en las armas varones de acero y pundonor caballeresco, en las letras doctores eminentes, y en las asambleas populares y en los Congresos de la Nacion, oradores disertos que hicieron salir alguna vez de la tribuna los resplandores de Aténas.

EL jóven Manuel José estaba llamado á alcanzar gloriosísimos destinos, ayudado de las alas que le daban su claro entendimiento y su genial vocacion. Dedicado á los estudios, hizo en ellos progresos asombrosos. Filosofía, literatura, crítica, erudicion, antigüedades, conocimientos profanos y eclesiásticos, todo le fué

dentro de poco consustancial; y recorría ese campo dilatado, como una águila atraviesa angosto valle. Hablaba, escribía, disertaba en estas materias como en asuntos familiares: mas de una vez se vieron los destellos de su talento en obras de disciplina y de ciencia canónica que no hubieran desdeñado los famosos apologistas de la edad pasada. La Patria debía estar vana con el Hijo; y cuando mas luego lo vió elevado por sus méritos, á la alta dignidad de Pastor suyo, regocijarse de tenerlo por su prez, su honra y su blason.

TALES son los títulos que el Arzobispo granadino tenía á la estimacion de su pais. Estaba radicada en su historia primitiva, que es siempre el orgullo de los pueblos. Á esto unia su carácter y sus prendas, su Pontificado de beneficencia, su caridad para todos y su profundo saber. Leyendo sus escritos nos acordamos muchas veces del siglo de oro de la Iglesia: era Tertuliano con su dialéctica, el Crisóstomo con su abundancia, San Agustín con su doctrina. Un Obispo así, con una cuna histórica, con ejecutorias de la Libertad, con palmas conquistadas en los combates del ingenio, y cercado de ovejas, á quienes alimentaba diariamente con el pan de su limosna, la miel de su palabra, y el vino de su amor, mui distante estaba de creer acabar sus dias en extranjerías playas.

Los juicios de Dios son inescrutables. El desierto fué para San Gerónimo su pena y su estadio: allí ensayó sus fuerzas ese gigante de las letras. San Atanasio tuvo que ser expulsado cinco veces de su silla, combatir todo el poder de Constancio, y devorar siete años las soledades de la Tebaida, para que su nombre pudiese dar olor de clara fama y materia de sabrosísima alabanza en las populosas plazas de Alejandría. La desgracia ha sido siempre la mejor corona de las virtudes.

LA Nueva Granada, sin saberlo, preparaba el mismo camino á su Prelado: servia de instrumento á su destino, á su nombre, á su apoteósis. La Providencia la arrastraba: queria darle un hijo ilustre, un orgullo mas para sus fastos. El linde entre las dos Potestades ha sido siempre un problema para la Filosofia. En torno suyo hai sombras santas, sombras de misterio. El misterio es la esencia de Dios, el carácter de la Religion, el prestigio del alma, y la lei de la humanidad. Cuando las leyes no lo acatan, se divorcian de las costumbres, que jamas van sino por donde fuere el corazon.

EL Patronato dió la señal de la lucha. La Nacion lo queria para sí, el Poder espiritual lo reclamaba como un derecho. Fué una centella arrojada en el campo de las conciencias, y ya se sabe cuán terrible es el combate entre las ideas y la Fe. El Estado tenia á las unas por defensa, el Pontífice á la otra por escudo. El corazon humano siempre se va tras las creencias, y los códigos son sabios cuando saben respetarlas. Los códigos son relativos, solo la moral es absoluta. De un lado estaba el espíritu de las reformas, inflexible: del otro, diez y nueve siglos, los Concilios, la Iglesia. La lealtad á los deberes es el sentimiento de los caracteres elevados; é intimado el Sr. Mosquera, el destierro para él era la gloria. El hombre muere bien donde la honra, al morir, recoge y guarda su nombre.

YA están cerradas las puertas tras de él: ya el mar le oculta la techumbre de su casa, las copas de sus árboles, los lugares de sus mayores, sus costas queridas. Los Estados Unidos, la Inglaterra, la Francia, le tienden al pasar alfombras de flores, pero aquellas flores no son las de sus campos; le oprimen á agasajos, pero él no mira en el tropel los semblantes de los suyos; llenan el aire con su nombre, pero él no escucha entre

los vivos la voz de sus amigos. Las maravillas del Norte, la magnificencia de Paris, las pompas de Amiens, nada hablan á sus ojos: el israelita en los rios de Babilonia no hace mas que suspirar por Jerusalem. La patria es todo, porque es el amor: fuera de ella no hai intérprete para el corazon. No nos entienden, tal vez ni nos atienden. Todo muda: el hermano se llama hombre; el hombre, extraño; la tierra, ajena; la hospitalidad, favor; el pan, limosna.... Es lo único que arranca lágrimas al valor. Se puede luchar con la muerte, con los afectos jamas.

EL ilustre Proscrito no llegará á Roma: el sol no llegará á la Patria de los soles: cada suspiro es un manojo de luz que pierde, y él debe apagarse en Marsella.... ¡Ya no ve á su Hija, ya no se embriaga con sus miradas, ya no se enloquece de oir sus discreciones, ya no le cuenta á su seno las historias del Cielo, ya no la alimenta con la leche de su doctrina, ya no le da el pan de los ángeles!..... Ya murió!..... El que todo lo tuvo en su pais, el alumno de la Libertad, el Pastor de ovejas, acabó sus dias menesteroso, sin hogar, sin majada, sin el llanto de los suyos, que es la despedida de amor del moribundo.... ¡No bebió el agua de sus rios, no comió el pan de sus trojes, no respiró el aura de sus huertos, no vió la luz de sus horizontes al morir!.....

IGLESIA de la Nueva Granada! Hija suya! Vístete del dolor como de un manto, destrenza tus cabellos, enluta tus muros, y siéntate en el silencio del Santuario á llorar á tu Padre. Tú no estuviste allí, tú no le cerraste los ojos con tus manos, tú no blandaste la muerte con tus lágrimas.... Una súplica á tiempo lo hubiera hecho todo. Señalaras tu pelo cubierto de ceniza, tus vestidos rasgados, tu corazon hecho sangre, tus solemnidades desiertas, tus pompas mudas, tu tem-

7
plo en horfandad, tus atrios solitarios, y el Pastor se salva. Los muros del Tabernáculo del Señor se quebrantan con los ruegos: la oracion que sale de los ayes del martirio es la única lisonja para Dios. Combates y triunfas, pides y alcanzas. . . . ¡Una hija llorando y pidiendo por su padre, es el Cielo de rodillas! . . .

AQUELLAS manos que tantas veces abrieron los tesoros de la Providencia para tí, tú no las apretaste en ese trance: aquella cabeza que contenia toda la ciencia de los Padres, tú no la sostuviste: aquella boca que nunca se abrió sino para decir la sabiduría y la verdad, tú no la besaste: aquellos piés que nunca anduvieron mas caminos que los caminos del Evangelio, tú no los bañaste con tus lágrimas. Ya él no alegrará mas tus fiestas, ni hará resonar su voz en tu recinto, ni será el ornamento de tu Templo, ni será señalado al pasar como el Caudillo de tu pueblo, ni te llevará de la mano á ver los sarmientos de su viña, ni se sentará á la sombra contigo para mostrarte las espigas, ni te contará los secretos de lo alto, ni te explicará los misterios de la vida, ni te pondrá sobre las niñas de sus ojos, ni te embriagará mas con su amor. . . . Ah! Tú no lo sabes todo, tú no conoces toda su caridad. Dicen que nunca te olvidó en medio de los sufrimientos de su alma: que asociaba siempre al nombre de Jesus el nombre de su Hija; y que al espirar, sus últimas preces, derramadas por tí, fueron recogidas y llevadas por un ángel hasta Dios.

Así terminó sus dias uno de los varones mas claros de la América, por su piedad, por sus talentos, por su ciencia, y por la fortaleza de su espíritu. El dolor mas se siente que se ve: de la desgracia apenas puede hablar el desgraciado; pero todavía, si es grande, cabe medirse, aunque de léjos. Un gigante luchando con la adversidad, mayormente si sucumbe, es una figura his-

tórica sublime. El Sr. Mosquera debia inspirar simpatías, hacer eco, imprimir admiracion por todas partes. Su vida habia sido un modelo, su familia un timbre, su casa el granero del pobre, su mano el instrumento de la caridad, sus lágrimas el consuelo de la viuda, su palabra el catecismo del amor, sus escritos el orgullo de la Patria, su númen la gala de las letras, su Pontificado el trasunto del Evangelio, su combate el ensayo del martirio. Las plantas del ilustre Confesor dejaban impresa por donde quiera que pasaban una historia de heroismo.

UN hombre de ese temple, sublimado sobre el mundo, lleno de resignacion, indiferente á las comodidades, y atravesando el mar de las tempestades en un barquichuelo que él mismo armó en las dulcísimas costas de la Patria, es algo, es mucho, es un pasmo hasta á los ojos del valor. Un hombre así no está en las proporciones naturales. Un hombre así no tiene mas explicacion que las altas miras de la Providencia. Es el rayo de Job que se desata, para atravesar el caos, barrer las sombras, fecundar el espacio, y volver luego á las manos del Señor para decirle: “Aquí estoi”.

LA Europa católica fijó luego sus miradas en el valeroso Desterrado; y siguiendo sus pasos, y contándolos uno á uno, los trasladaba á sus anales como un ejemplo para la posteridad y un triunfo de la Iglesia. Fueron numerosos y brillantes los testimonios de respeto á su persona y á su causa: lo mismo en la capital del Imperio frances, que en la capital del Soma: fué una efusion, un entusiasmo, un delirio. En la Silla Romana, tuvieron eco tambien los grandes hechos, y el Sumo Pontífice, en una carta, tierna como el amor de las madres, y franca como la piedad, le ofreció su Corte por asilo.

CARACAS no podia permanecer indiferente al ruido

de tales sucesos. Ella tenia sentimientos que satisfacer por religion, y deberes que llenar por gratitud. El Illmo. y Dignísimo Señor Dr. Ramon Ignacio Méndez, Arzobispo suyo, patricio, soldado, legislador, erudito, anticuario y escritor, fué al fin desgraciado y expulso; y despues de una peregrinacion honrosa, fué á morir á Villeta en los brazos del Sr. Mosquera, que le hizo exequias pomposísimas.

¡RARA coincidencia del destino! Los dos Prelados tuvieron la misma suerte, los mismos tormentos que sufrir, el mismo fin glorioso preparado. El Neo-granadino debia llegar mas tarde al suyo, lanzándose por caminos de peligros; pero la Providencia tenia dispuesto que el Prelado compatriota hiciese, en presencia suya, el testamento de la lealtad á sus deberes, le legase su firmeza y su denuedo, y le diese á la orilla de la tumba, que es donde mas aprovecha, una leccion de sacrificio.

SUPO hacerlos el Pontífice venezolano, y dar, con esto, dias de gloria á la República. En él el carácter era el hombre, la accion y el pensamiento dos gemelos, la vida deber duro, el honor necesidad. Quien tal tiene, es poderoso para todo. Esto explica su valor genial. Comprendia lo grande, y por eso fué libre; alcanzaba la verdad, y por eso fué sabio; sentia lo sublime, y por eso fué católico. Nunca se juzgan mejor los hechos, que pasado el tiempo de su existencia: se disipa entónces la niebla que los cubria, y se ven claros y en su verdadero tamaño los objetos. Se dice que la distancia los magnifica: es ilusion: lo que sucede es, que han desaparecido ya las pasiones, quedan desembarazados los intermedios, y se ve como desnudo el cuerpo del relieve, que es la historia. El Sr. Méndez era un hombre singular. Cualquiera que sea el juicio que forme de él la crítica jurídica, la Religion, mas alta, la piedad, mas genero-

sa, tomarán á cargo suyo la defensa. Entre tanto que las escuelas altercan, quien sabe morir por su demanda, ese es grande y ese triunfa. La admiracion no tiene reglas, sino sentimiento ; ni cálculo, sino arranques. En los anales de nuestros varones eminentes, las letras de la historia del Sr. Méndez siempre estarán iluminadas.

TAL era la joya para la cual la Nueva Granada habia destinado su mas precioso relicario. Eso se hizo en el tiempo de la desgracia, cuando el corazon atesora, para guardar intacta, la memoria de los servicios generosos. Venezuela los palpaba ; y si no podia pagar, era capaz de agradecer. En materia de gratitud, no satisface quien llena la medida, sino quien llena el corazon.

Los lazos de fraternidad que nos unen con la República vecina, y el nombre de su Hijo, estaban pidiendo un tributo demostrativo á su memoria por parte de nosotros. Concibió luego el pensamiento para llevarlo á ejecucion el Illmo. y Dignísimo Sr. Arzobispo de Caracas Dr. Silvestre Guevara y Lira, jóven Prelado nacido para hacer cosas grandes en medio de su Grei. Donde hai un bien hecho ó por hacer, donde hai una accion magnánima, allí está su mano, su cooperacion ó su celo. Es un regalo de la Providencia hecho en un dia de regocijo y de triunfo celestial. Si pudieramos leer en su corazon, no hallaríamos mas que dos palabras: "Dios y amor". Si la Piedad hubiera tenido que formar un apóstol en los moldes secretos del Señor, él hubiera sido ese apóstol. Su físico participa de su índole : ni una tension de músculos que indique la viveza de pasiones exaltadas, ni una demostracion jamas de enojo: su risa simpática, y la suave luz de sus ojos, dan con frecuencia á su semblante un baño de grave jovialidad que lo hace franco, dulce y fácil. La virtud en él no es lucha, sino instinto.* Su caridad es de siempre: no tiene ma-

ñana, medio dia, noche ni descanso. Seria menester ir hasta San Ambrosio, para encontrar su mismo don de gentes, su mismo espíritu evangélico. Le conocimos y tratamos ántes de ser exaltado al Episcopado: llevaba ya en su compostura el sello del ministerio y la conciencia de su mision. Dios escoge.

Los Ilustrísimos y Dignísimos Señores Obispos de Guayana y Tricala, que estaban á la sazón en la ciudad, coadyuvaron entusiasmados á la idea de los funerales del Sr. MOSQUERA, los cuales se dispuso hacer, como una especial prueba de honor, en la Santa Iglesia Metropolitana. He aquí el oficio que el Sr. Arzobispo pasó al mui Reverendo Sr. Dean y Cabildo.

“Caracas, Marzo 15 de 1854.—Mui Venerable Sr. „ Dean y Cabildo.—La muerte del Illmo. Sr. Dr. Ma- „ nuel José Mosquera, dignísimo Arzobispo de Santa „ Fe de Bogotá, ocurrida en Marsella, es un aconteci- „ miento que afecta dolorosamente á toda la Iglesia „ Católica, que en él ha perdido uno de sus mas ilus- „ tres defensores. Nuestra Iglesia debe participar con „ tanta mas razon de este duelo general, cuanto que „ no podemos ménos que recordar en esta ocasion, los „ espléndidos honores fúnebres que aquel generoso „ Arzobispo hizo en Bogotá á nuestro Dignísimo Pre- „ decesor el Illmo. Sr. Dr. Ramon Ignacio Méndez, de „ grata memoria. Por este doble motivo, y de acuerdo „ con los Ilustrísimos Señores Obispos de Guayana y „ Tricala que se hallan en esta capital, hemos resuel- „ to: que el dia 23 de los corrientes se celebren hon- „ ras en la Santa Iglesia Metropolitana en justo home- „ naje de gratitud á la respetable memoria de tan dig- „ no Prelado, honor del episcopado americano”.

“Desde luego hemos contado con que US. mui Ve- „ nerable, animado sin duda de los mismos sentimien- „ tos, acogerá gustoso este pensamiento, y tomará las

„medidas necesarias á fin de que tenga lugar dicho solemnne acto en el indicado dia, á cuyo fin tenemos el honor de participarlo á US. mui Venerable”.

“Dios Nuestro Señor guarde á US. mui Venerable muchos años.—**SILVESTRE**, Arzobispo de Carácas.”

EL Cabildo, compuesto de eclesiásticos distinguidos por su ciencia, por sus lauros académicos, y por sus servicios á la Religion, se prestó gustoso á cooperar, y contestó en una nota que honra tanto su carácter como sus sentimientos.

“Carácas, Marzo 17 de 1854.—Reverendísimo Señor Arzobispo de Carácas y Venezuela.—En el Cabildo ordinario del 15 del mes que cursa; y despues de tomada en consideracion una nota oficial de S. S. Illma. con fecha del propio dia, por la cual se sirve excitar á este Cuerpo á celebrar honras al Illmo Sr. Dr. Manuel José Mosquera, dignísimo Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, que ha fallecido en Marsella, se acordó por unanimidad contestar á S. S. Illma. en los términos siguientes:”

“El Cabildo se ha impuesto con suma satisfaccion de la nota con que S. S. Illma. le ha honrado, relativamente á las exequias que se ha servido disponer se celebren en esta S. I. M., en honor del Illmo Prelado difunto; y que abundando este Cuerpo en los mismos sentimientos de piedad y gratitud que S. S. Illma. interesa, se presta gustoso á que aquellas se verifiquen el dia señalado, ofreciendo el Cabildo por su parte toda su cooperacion.”

“Los miembros del Cabildo, que con la mayor complacencia suscribimos esta comunicacion, tenemos la honra de orientar á S. S. Illma. del acuerdo que precede, transcribiéndoselo para su inteligencia y satisfaccion, y en contestacion á su nota memorada”.

“Con la mas alta consideracion y respeto somos de

„S. S. Illma. obsecuentes servidores.—Illmo. Señor.—
 „M. ROMERO. — DOMINGO QUINTERO.— DIEGO CÓRDO-
 „VA.—J. M. RIVERO.—JOSÉ EUSTAQUIO VAAMONDE.—
 „ARROYO.”

EL 23 del pasado Marzo fué el día señalado para las honras, y en el cual se celebraron. El anterior, á las 5 de la tarde, se habia dado en todas las iglesias de la ciudad el doble de seña, que continuó desde las oraciones hasta las ocho de la noche. Los tres Prelados habian encabezado las esquelas de invitacion. La Catedral estaba preparada para el duelo.

DEBE decirse que la poblacion lo tenia ya en su alma ántes de manifestarlo en sus semblantes y vestidos, y ansiaba por el momento de dar un testimonio público de él. Contábanse los días, las horas, los instantes: se pensaba ennoblecer á la América honrando la memoria de un claro americano. El valor con que se muere, eso tiene: deja ver sobre la tumba, de la inmortalidad que comienza, parte de su luz y de su fuego, y la Vestal de ese fuego es la Alabanza. Es un premio mas de la virtud. La calumnia no hace tanto mal como la envidia, y ya no la hai para las sombras: no puede clavar su diente, y las deja. Despues de la muerte es que comienza la justicia para los hombres.

LA iglesia no tenia ningun recargo de esos adornos con que la riqueza de las artes acude algunas veces á contentar el gusto profano de los ojos, y á suplir, con símbolos y formas, demostraciones de dolor que no pueden estar sino en el dolor mismo. El dolor no tiene mas símbolo que el llanto. Las columnas y muros desnudos como en señal de amargo desconsuelo, delante del catafalco seis grandes blandones plateados con seis cirios blanquísimos ardiendo, debajo de la cúpula el catafalco levantado como un voto de esperanza, recogimiento religioso, silencio santo, tristeza sublime, som-

bras de eternidad en el recinto, sombras de misterio en el Santuario. . . .no habia mas. Eso y Dios, es lo que constituye la majestad de los templos.

EL monumento, todo de madera, figurando mármoles varios, hábilmente pintados, para hacer completa la ilusion, estaba colocado en lo que se llama calle peregrina, solada de uno á otro extremo de grandes mármoles blancos y azules. Componíase de tres partes principales: un basamento de 4 varas en cuadro y casi 3 de alto, formando dos grandes gradas de mármol rojo de Levante y otro morado llamado Porta-Sancta; un pedestal corintio de 3 varas de altura, de mármol morado mas claro, y de alabastro; y sobre una pieza arquitectónica que seguia, la copa cineraria que usaban los griegos para depositar las cenizas de sus grandes hombres, toda dorada, y contrahaciendo, con verde esmalte, esmeraldas embutidas.

EN los cuatro ángulos de la primera grada se veian arder, como la luz de la purificacion, cuatro lámparas de gas blanco, de figura semiesférica inversa con su pié, caprichosamente colocadas sobre vástagos, cada uno de ellos con una especie de hoja que se adelantaba á recibir el platillo de descanso. La luz que arde á la orilla de la tumba abre un resquicio para mirar la eternidad. Al pié del pedestal, en la segunda grada, sobre un cojin de terciopelo encarnado, estaban colocadas las insignias episcopales, al lado izquierdo el báculo, al derecho la cruz arzobispal, en el medio la mitra preciosa: todo enlutado con un velo negro de crespon claro, las puntas guarnecidas con fluecos de hilo de oro, algunas estrellas doradas al rededor de una orla dorada tambien, y en el centro una M como inicial del apellido *Mosquera*.

HABIA, hechas con letras de oro, cuatro inscripciones en las cuatro faces del pedestal. En la anterior se leia:

RMO. D. D. EMMANUELI JOSEPHO MOSQUERA, DIGNISSIMO
 ARCHIEPISCOPO SANCTÆ FIDEI DE BOGOTÁ, QUI OB
 ECCLESIAE LIBERTATIS DEFENSIONEM EXUL EFFEC-
 TUS, MASSILIA OBDORMIVIT IN DOMINO.

ARCHIEP. CARACENSIS, EPISCOPI GUAIANÆ ET TRICALÆ, CAPIT.
 METROPOLIT., HUJUSQUE CIVITATIS CLERUS,
 IN MÆRORIS ET GRATITUDINIS TESTIMONIUM,
 M O N U M E N T U M
 P. D. C.
 ANNO R. S. MDCCCLIV.

En la posterior estaba:

CONTRA OMNES ADVERSARIOS SCUTUM TIMORIS DEI
 TANDIU INFATIGABILITER TENUIT, DONEC AD
 VICTORIAM PERVENERIT.

Al lado izquierdo:

VIDEBO PATREM ANTEQUAM MORIAR: HÆC SPES MEA,
 ET ORATIO ANIMÆ MEÆ.

Al lado derecho:

DILEXI JUSTITIAM, ET ODIVI INIQUITATEM, PROPTEREA
 MORIOR IN EXILIO.

EL concurso correspondió á la grandeza del objeto. El Clero, el Seminario Tridentino, las Cámaras Legislativas, el cuerpo diplomático, los empleados de Gobierno, y multitud de personas mas de diferentes condiciones, todos vestidos de riguroso luto, y sentados en asientos preparados de antemano, hicieron cortejo fúnebre al acto religioso. La enfermedad del Sr. Arzobispo, que lo tenia en cama hacia dos días, le impidió asistir; pero hizo de Preste el Sr. Doctoral Dr. Domingo Quintero. Por lo demas, nada faltaba: los altares estaban colgados de nuevo, la contemplacion era profunda, la música solemne. Principiaron los oficios.

El alma en esos momentos, sueltas las ataduras de la tierra, se lanza en pos de lo infinito. Siéntese sin grillos, fácil, presta, alada, y vuela. Los espacios de

Milton, las profundidades bíblicas, las extendidísimas parábolas de los cometas, los caminos de la luz, crúzalos, devóralos, y apénas principia el mar de los espacios. Horizonte tras horizonte, bóveda tras bóveda, hasta que se cansa la imaginacion, hasta que se doblan las alas de rendidas, no ve en ellos otra cosa que soles por fanales. El tabernáculo del Señor, donde el pan es caridad y las cosechas Providencia, está mas léjos; no se ve, no se alcanza sino por los que estuvieren preparados. Cércanlo en torno sombras terribles de misterio, silencio de majestad imperturbable, espesísimas nubes que le sirven de ancho asiento, y cielos de zafir de pabellon.

¡Qué pequeño aparece luego el hombre! Gloria, grandeza, honores, fama, poder, todo es humo, sombras de aves pasajeras, errantes como los sueños, que no dejan por donde pasan seña ni rastro. El que un instante viene despues, nada sabe, ó sabe poco. Esas pirámides soberbias, esas inscripciones mentirosas, esos arcos de triunfo, son suplementos con que la humana gloria oculta de ordinario su propia insuficiencia. El contraste siempre como sello de las cosas: para el Trebia hai Zama, para Tilsit Fontainebleau. Roma mandó un tiempo sus águilas á viajar por el mundo, y viajaban por su casa: Gengis-Kan soñó un dia en Tonkat la dominacion universal, viendo el Asia de rodillas: Napoleon en Erfurt creyó que la gloria era su esclava..... Nada queda de esas colosales creaciones. . . . la historia apénas para recordar la inestabilidad. Esos hombres extraordinarios que como fuego bajado del Cielo, por donde quiera que pasan, destrozan, talan, queman, amedrentan, son como relámpagos de tempestad: vense brillar, serpear, pasar, y un momento despues ya las tinieblas han ocupado y borrado sus caminos. Nos creemos autores, y somos instrumentos; criadores,

y somos criaturas. Los imperios se levantan y caen, el renombre radia y se apaga: vienen otros imperios y otro renombre á sustituir á los primeros. Hace tiempo que Babilonia y Ménfis no están sino en el mapa. Acontecimientos, revoluciones, leyes, usos, costumbres, todo es de un dia, ó de dias que se acaban: como las olas del mar, dejan ahora lucir al sol sus espumas, y mas despues están en el abismo. Hai una fuerza oculta que mueve, divide, amasa y trasforma. Los pueblos Dios mismo los exalta, y luego los rae de la sobre haz de la tierra. Todo es así, todo, en la historia de la humanidad; y si colocados en la corriente de los siglos, nos estamos á ver pasar el fúnebre convoi de las naciones sepultadas, en sus escombros, en sus trozos de obeliscos, en sus mármoles y bronces quebrantados, y en el silencio de las tumbas, que no mienten, no hallaremos mas que lágrimas, miseria, polvo, nada.

No hai mas, al fin, que Dios. Solo él perdura, manda y triunfa. Lo ve uno claro, casi lo toca entre las meditaciones y sombras del sepulcro. Las pompas del mundo ya no existen, la fiebre agitada de las pasiones está apagada. Allí reina la verdad como en su palacio, y el libro de la vida puede leerse sin comentarios. En él está todo: está que las virtudes son la única escala para el Cielo, la caridad la única fuerza para subirla, y sus obras el único viático suculento que acompaña hasta el fin de la jornada. Esa es la sabiduría. La muerte es triunfo entónces; y el Catolicismo es grande, porque su doctrina no es mas que la preparacion para la muerte.

CONTRIBUIA á hacer mas instructiva la leccion, el patético lamento de la música. La música del cristianismo resonando en las bóvedas de un templo cristiano, en presencia del Santuario, delante de un monumento, y sirviendo de eco á la memoria de un hombre extra-

ordinario que no existe, es admirable. Es una lluvia de lágrimas que cae toda sobre el corazon, y lo obliga á sentir profundamente, enternecerse y llorar.

DOMINADOS estábamos de estas impresiones, cuando subió á la cátedra sagrada, para hacerlas mas vivas, el orador escogido. El Illmo. Sr. Dr. Mariano Fernández Fortique merece bien el nombre. Orador es el que sabe pintar la verdad y las pasiones, y él lo sabe. Capaz de arrebatarse hasta el estro, y amante de la belleza, su frase es fuego ó luz. Adorador de las formas, es un artista consumado que se complace en tallarlas y pulirlas. Tiene moldes; pero esos moldes son los de la naturaleza. Con inclinacion á la pintura, no hubiera sido Jordan sino Coello. Su sensibilidad no es un accidente, sino un raudal del corazon. Ese raudal baña, tiñe todas sus ideas, ora se exalten para sublimar el heroismo, ora se humillen hasta el dolor para llorar el infortunio. Su palabra no se forma en los labios, sino en la oficina del pensamiento; y de aquí nace que no tenga letras sino espíritu. En lo privado como en lo público, orando ó platicando en medio de sus círculos, siempre es el mismo. De un gusto ático, de una instruccion amena, de unas maneras cultas; y galante, pulcro y fácil, asiste uno á su conversacion como á un museo. Lo que tiene de firme su carácter evangélico, tiene de dulce y blanda su índole. Para hacer un amigo no tiene mas que hablar, para hacer comprender un afecto que expresarlo. Las circunstancias contribuyen mas de lo que se cree al desarrollo de los talentos. En el siglo IV el Sr. Fortique se hubiera parecido mucho á San Basilio por su graciosa sencillez, en el siglo de Luis XIV á Fenelon por su ternura. Estas dotes, unidas al caudal de su doctrina, le daban superioridad en la tribuna.

El discurso fué magnífico, y á la altura del personaje. El orador acompañó al Prelado granadino en el

curso de su vida hasta su muerte, y con pinceladas rápidas y maestras, (de manera que podia uno seguirlo con la vista) lo condujo alternativamente á los honores académicos, á las Dignidades de la Iglesia, al Pontificado, al destierro, y á la gloria. El ojo lo veia todo como en un cuadro, y lo veia bien, por bien trazado. Goces, penas, vicisitudes, causas, lucha, todo estaba en su lugar, en su ocasion y en su forma. El estilo elevado, el lenguaje culto, las imágenes vivas, las descripciones pomposas, las situaciones patéticas.

ÉL pinta de esta manera lo veleidoso de las cosas mundanas: “Una leccion mas, amados hermanos mios, una leccion mas sobre la vanidad de las grandezas humanas, lo transitorio de las terrenales glorias, y la rapidez con que pasan las figuras de este mundo. Ayer no mas admirábamos la felicidad del varon ilustre cuya memoria nos ocupa tristemente en este dia: ayer no mas le veiamos rodeado de todo el brillo que dan el nacimiento, la fortuna, las ciencias, las altas dignidades, sorprendido él mismo de su propia dicha. Y hoi ya le vemos perseguido, desterrado y enfermo, rendirse al peso de tantos infortunios, y espirar por último en una tierra extraña, léjos de su amada grei, sin el consuelo de dirigirle las últimas palabras de su amor y darle su postrera bendicion”.

AL hablarse de la expatriacion, déjanse oir estos sentidos conceptos: “Dice (el Sr. Mosquera) á su patria su último adios, y entregado á la Divina Providencia, da principio á esa larga peregrinacion llena de tormentos y de glorias, en que, como discípulo de Jesus, alternativamente recibe los resplandores del Tabor y participa de los dolores del Gólgota”.

EL ilustre desterrado no puede en Amiens concurrir á la solemne procesion de Santa Teudosia, y la ve pasar así: “En el umbral de un hospicio de caridad

situado en el tránsito, revestido de pontifical, sentado en un trono, solitario, inmóvil, silencioso, profundamente afectado de aquella pomposa ceremonia y de sus tristes recuerdos, el Arzobispo de Bogotá se deja ver como la imagen de un Santo Pontífice, expuesta allí á la veneracion pública”.

POR último, el orador sorprende por el modo con que expresa, así como fué sorprendente por sí misma, la muerte del Pontífice americano: “Á elogio tan espléndido,” trae, (el del Abate **Combalot**) “que como un gran golpe de luz ha venido á iluminar el pálido cuadro que habia podido yo trazar, yo no debo, Cristianos, añadir ni una sola palabra mas. Seguiré en silencio al Prelado moribundo, en sus lentas y tristes jornadas, hasta llegar á Marsella. . . . y. . . . aquí, ah! aquí, yo no abriré mis labios sino para deciros: ¡ha muerto!”

EL auditorio quedó satisfecho: el orador habia conmovido. Despues de los combates de la vida, le gusta á uno hallar el premio, despues de las virtudes corona, despues del desconsuelo la Religion, despues del error la verdad, despues del mundo á Dios. El corazon descansaba, goza, triunfa; y si llora, el llanto es como la lluvia que cae sobre los ávidos sembrados: lluvia de vida y de provecho.

EN especial el Sr. Obispo de Tricala Dr. Mariano Talavera, que presidia el Clero, estuvo constantemente anegado en lágrimas. ¡Alma superior que no sabe estar sino volando! ¡Anciano venerable cuyas canas son el título y la señal de mil merecimientos! Revolvía tal vez en su mente á la sazón la humanidad, el hombre, sus destinos; y perdido en ellos, apelaba al llanto, que es el mejor idioma para Dios. Las águilas son las que pueden elevarse para ver, cuan hondos son, los precipios y el abismo. Habia respirado la atmósfera de nuestra glo-

ria primitiva, habia visto salir las portentosas creaciones de la boca de Bolívar, habia seguido el pendon de la Independencia, habia predicado la Accion de Boyacá y los Triunfos del Perú, habia estudiado todo y lo sabia, habia sido un pasmo de elocuencia en la tribuna; y estaba allí como un monumento venerable de la Libertad y de la Iglesia. Docto, prudente, desprendido, firme, generoso, el Sr. Talavera hubiera sido ornamento de cualquier siglo. Tal era el Prelado que lloraba al pié del monumento del Proscrito.

TERMINADA la oracion, los dos Obispos presentes y dos Canónigos, cantaron los cuatro responsos extraordinarios, y el quinto el celebrante. Esa entonacion lúgubre que parece el llanto de la agonía, lleva un baño tan dulce de esperanza, que casi halla uno el otorgamiento al lado mismo de la súplica. Aquellas oraciones, aquellas quejas ahogadas entre las columnas de incienso que suben en lentas espirales á lo alto como en señal de humildad, son un espectáculo sublime, patético, conmovedor. Allí la peticion casi impone la fuerza. El mundo ha acompañado al difunto hasta las melodías de la música; todavía allí se embriaga el alma: hasta el discurso fúnebre; todavía allí se escucha la voz de la alabanza. Á poco se interpone el silencio: es profundo.... Ya todos como que se han ido.... Como que queda la criatura á solas con su Criador, el alma á solas con Dios.... Como que va á principiar el tremendo juicio.... La Religion, entónces como siempre, es tan ingeniosa, que no abandona á su protegido. Va luego, y busca, y trae, y pone de intercesora, y obliga á rogar en ese trance, colocada de rodillas en la puerta de la eternidad, á la Iglesia, á la que se fundó en el Gólgota, á la que triunfó en el Capitolio, á la regada con la sangre de los mártires, á la que ha atravesado los siglos, á la que ha ilustrado la humanidad, á la Madre del amor, á la Hi-

ja del Cielo, á la Castísima Esposa de Jesus. . . . Entre la vida y la muerte hai horribles sombras de espanto. Solo el Catolicismo posee la luz que las disipa.

HOMBOS sentimientos, provechosas lecciones quedan grabadas en el alma para no borrarse nunca. La Filosofía práctica trascendental es el conocimiento del bien y el mal; y allí, en esos momentos, es que pueden alcanzarse esas ideas. Todo se ve como es, sin decoraciones, sin trajes, sin disfraz. El orgullo ya no se hincha, ni el amor propio ciega, ni la ambicion se precipita, ni la lisonja embriaga, ni la gloria sueña. La farsa se ha acabado: el rei no es rei, ni el conquistador conquistador, ni el príncipe príncipe: ya todos son hermanos, compañeros, iguales: fué un supuesto, una ficcion, un drama: se habló un momento de él, y mas despues nada se habló. La vanidad, el renombre, los humos del triunfo, el poderío, las riquezas, son fantasmas que fueron y no son; son sueños que se tuvieron, y apenas pueden recordarse; son como las nubes, cándidos y espesos copos de vellon, vistas de léjos, y de cerca, tenuísimo vapor, que no tiene cuerpo ni figura.

TALES eran los pensamientos en que estaba sumergido el concurso al despedirse de la iglesia. Se retiró profundamente afectado, y sin duda tambien profundamente satisfecho. Se acababa de dar el último adios á un contemporáneo célebre, se acababa de sellar una brillante historia; pero ese adios era de vida, y ese sello de virtud. La estrella habia declinado, pero era para atravesar otros espacios, tachonar otras bóvedas, derramar su luz en otros cielos.

A los cinco dias de celebradas las honras entró en Carácas, á llenar su puesto de Senador por la provincia de Mérida, el Illmo. y Dignísimo Obispo de la Diócesis del mismo nombre, Sr. Dr. Juan Hilario Boset.

No le tocó estar en ellas, pero puede decirse que le alcanzó el incienso del sacrificio. Casi se acababa de quemar sobre los altares. Hubiera hecho digna figura al lado de sus Hermanos, hubiera sido una gala mas de la funcion. De carácter angelical, no conoce el mal sino de nombre. Esa dote del corazon es el título que da mas derecho al sacerdocio. La elocuencia es la persuasion, y el bien lo predicará mejor quien mas lo crea. De las cosas, de los actos humanos, no sabe sino lo justo: si lo pusieran á escribir la historia del mundo, escribiria la del Cielo. En los tiempos primitivos de la Iglesia hubiera sido siempre Obispo, y elegido en especial por su piedad. La tiene en el corazon, y como su corazon está en los labios, su palabra es siempre amor. Versado en las ciencias morales y en la liturgia, dotado de prudencia consumada, de costumbres evangélicas, y enriquecido con una erudicion bíblica profunda, nada le falta para ser un Pontífice digno de la Iglesia. Nos sentimos conmovidos al escribir este rasgo, porque fué nuestro maestro.

De esta manera quiso la Providencia, en honor del Sr. Mosquera, que se reuniesen, con poco tiempo no mas de diferencia, los cuatro Prelados de Venezuela en el lugar donde la Religion recogia todas sus pompas para hacer solemnes las exequias.

VENEZUELA creyó que debia hacerlas, y las hizo. Estaba de por medio una notabilidad de la América, un hombre de la Fama, un Confesor valeroso, el primer Pontífice de la Nueva Granada. Ella es nuestra hermana, y no es menester decir mas. Religion, usos, costumbres, lengua, destino, hasta el origen, todo nos es comun; y los pueblos no tienen otros lazos. Nacimos del mismo aliento del Genio, comimos el mismo pan de la desgracia, bebimos el mismo vino de la prosperidad: vicisitudes, reveses, trances, hazañas, lo mis-

mo en proporciones iguales para todos; y ora en medio de páramos y nieves, ora entre desiertos horribles, desesperando ó gozando, en los lugares de la muerte, ó en el alcázar de la Victoria, nos sirvió siempre de guia la misma enseña glòriosa. Nuestra sangre se mezcló en los campos de batalla; y los votos de los bravos que caian, se vieron muchas veces confundidos en un mismo aliento de entusiasmo, como la última profesion de fe política, como el testamento del honor. Juntos peleamos, juntos hicimos una cruzada de heroismo. Despues de un abrazo de union, marchamos en brillante peregrinacion, en peregrinacion de triunfos, desde el pié de las cordilleras colombianas hasta las argentadas cimas del Perú. El dia grande de Colombia, el dia que se dió el banquete de la Libertad, eran unos mismos nuestros héroes, nuestros trofeos, nuestras palmas. Miéntas los Ándes subsistan, miéntas la historia no se borre, miéntas el nombre de Bolívar esté escrito en sus colosales creaciones, el vínculo de nuestro amor será imperecedero. No: no debe relajarse nunca. De otra suerte, las sombras de Boyacá se levantarían para decirnos: "Rompeis con la discordia lo que nosotros sellamos con la sangre."

VEA pues, la Nueva Granada los sentimientos de fraternidad que abraza nuestra República hácia ella, por el aprecio que se hace acá de su nombre, de su gloria y de su Hijo.

Carácas, Abril 10 de 1854.

CECILIO ACOSTA.

BIBLIOTECA NACIONAL - CARACAS.
Reg.
Clas. V-21
C-203